

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Eduardo Caballero Calderón

Obras.—Editorial Bedout. Medellín. Colombia.

La Editorial Bedout, de Medellín, capital del Departamento de Antioquia, viene cumpliendo una magnífica labor publicitaria. En pulcra edición, que pone de relieve su buen gusto estético, en nada reñido con la sobriedad que debe ser norma de estos trabajos editoriales, ha lanzado al mercado de las ideas el I tomo de las Obras del escritor colombiano, Eduardo Caballero Calderón. Trae el libro un fino prólogo de Juan Lozano y Lozano, quien, realiza un estudio penetrante de la obra del autor.

Nada pierden, en verdad, las obras de Caballero Calderón con la publicación en volúmenes que han de contener todo el aporte de su pensamiento a la cultura colombiana. Por el contrario, podemos encontrar el rastro de una inquietud permanente y conexas para tratar los más variados temas. Porque Caballero Calderón ha sido un combatiente de la libertad, de la belleza formal y de la dignidad humana. El ancho estuario de su obra como pensador y estilista, nos deja ver su marcada orientación hacia todo lo que diga un mundo mejor para las gentes americanas por las cuales tanto se ha desvelado. Ya que una de sus más salientes aristas es precisamente la de enfocar aquella temática que tiene un punto de apoyo en la inquietud nueva del hombre de América.

Jamás este escritor se ha desentendido de su suelo, de su ambiente moral, de lo telúrico, de la tradición tomada no como una yerta momificación de fórmulas obsoletas, sino como una jugosa experiencia para el acaecer de hoy. Porque busca, en una futura síntesis el hombre de este continente pero poseedor de una voz plena y universal.

Puede afirmarse que todos los personajes que se mueven en sus novelas y los que sirven para crear una robusta sociología ibero-americana, están arraigados en el patrio solar. Son producto del medio, viven en él y para él y su hazaña vital, grande o mínima, tiene como marco lo propio e intransferible. No obstante ser Caballero Calderón poseedor de una vasta cultura, de conocer y haber meditado en todo lo que debemos como legado a Europa, el escritor sabe que el destino colombiano no puede ser hipo-

tecado a fórmulas y sistemas que no se compenetren con el gran propósito nacional de crear una cultura autóctona, dar de nosotros la más íntima autenticidad, teñida de lo mejor de nuestra sangre. Para lograr estos sus propósitos maneja una prosa rica en hallazgos verbales, musical, hermosamente redondeada como un dístico. Prosa amamantada a los pechos de Castilla, la Vieja y penetrada de claridad hispana hasta la base. De ahí la dignidad formal de sus libros que prolongan en una Colombia que fuera cuna del bien decir y el bien escribir, la docencia intelectual de los grandes maestros del idioma. Pero no es el suyo un estilo literario de difíciles arquitecturas o mera expresión dinámica del barroco. Es una prosa clara, musical, de una caliente plasticidad. En ella como en agua serenada en alcarraza se refleja lo autóctono, el enigma criollo o los co-res y sonos del gran mestizo.

Este I tomo de sus obras está dividido en tres capítulos. I—Ensayos generales. II—Ensayos colombianos, y III—Novelas y relatos y contiene los siguientes libros Americanos y Europeos, Suramérica Tierra del Hombre, Ancha es Castilla, Breviario del Quijote y el Nuevo Príncipe. La sola enunciación de los títulos de los libros, está señalando la categoría de la obra del escritor colombiano, su peculiaridad como escritor que es orgánica y vital, el viaje de circunvalación que ha hecho por todas las literaturas, pero, principalmente, su esclarecimiento de los problemas de su tiempo y de su patria. Este I tomo, aunque ofrezca un material incompleto, como en el caso de Ancha es Castilla, nos sirve para el conocimiento de materias disímiles, pero ligadas por el vínculo de un pensamiento central como es el de ayudar a esclarecer rutas, darle una respuesta a sus propias cogitaciones cerebrales, detenerse en tiempos y lugares que sirvieron para jalonar las etapas del hombre en busca de su propio ámbito de libertad creadora.

Eduardo Caballero Calderón continúa infatigablemente su tarea de escritor. No se toma vacaciones en una labor que exige el testimonio cotidiano del hombre de pensamiento. De ahí su ingente producción escrita, que señala una fecunda acción creadora que es justo orgullo de las letras colombianas.

Atlas de Economía Colombiana

Tercera entrega.—Departamento de Investigaciones Económicas del Banco de la República.

Si en verdad queremos realizar un estudio exhaustivo de la economía del país, pero no guiándonos por la simple intuición, es preciso analizar y meditar los Atlas de Economía Colombiana que ha venido publicando el Departamento de Investigaciones Económicas del Banco de la República. Porque se trata de una incursión verdadera por la problemática nacional, pero no como simple teoría o brillo de erudición, sino consultando lo que tenemos, nuestras posibilidades, partiendo del suelo, del medio geográfico, de los factores que determinan la marcha de un pueblo. En este volumen

se estudian las fuentes de energía, los recursos mineros y forestales y los sistemas de comunicación. Tales trabajos fueron realizados por expertos en las respectivas materias, quienes, confrontaron los hechos sobre el terreno físico. En esta forma las conclusiones son el fruto de una severa y metódica investigación, cuyo conocimiento ha de ser de positiva utilidad para las clases dirigentes de Colombia.

El país aspira a superar la etapa del subdesarrollo como es programa también de todos los pueblos americanos; es una injusticia verdadera que los beneficios de la cultura, de la salud, del pan, de la tierra no sean para una comunidad que tiene derecho a mejores horizontes. Pero no se trata de un salto en el vacío. Es preciso primero inclinarnos sobre la tierra colombiana, estudiar sus riquezas, sus petróleos, minas, yacimientos de toda clase de metales, sus ríos y montañas y valles, su clima, en fin, lo que forma, con el hombre, el cuerpo mismo de la nación. Para en esta forma poder decir con conciencia qué país tenemos y cuáles son sus posibilidades para un futuro más digno y de pleno desarrollo económico, social e industrial. De ahí que estos Atlas elaborados por el Banco de la República con tan grande objetividad, de una utilidad palmaria, constituyen la mejor fuente para esa tarea. Porque no podemos ni debemos hablar de Colombia, si carecemos de su exacto conocimiento.

Este Atlas contempla ya la economía como fuente viva para echar las bases que buscamos. Libro de realidades. Nada en sus páginas es empírico. Y los mapas y demás ilustraciones que contiene el volumen son elementos de primerísima mano para acotar hechos y despejar interrogaciones.

Además, el Atlas contiene, viva, la patria, puede decirse que debajo del material literario, late orgánicamente nuestro suelo y su esperanza. Magnífico trabajo que recomendamos a nuestros lectores.



Juan de Dios Arias

Letras santandereanas.—Biblioteca "Santander".—Volumen XXVIII.
Bucaramanga.

Meritoria labor y hermosa como recolección de la cosecha, la que ha llevado a término el historiador Juan de Dios Arias, al publicar, como volumen veintiocho de la Biblioteca "Santander", de la Academia de Historia de aquel departamento, un manejo de producciones literarias que fijan el perfil de la raza santandereana. Y bastante falta que hacía esta Antología del pensamiento de uno de los departamentos que más se enorgullecen de haber contribuido a dilatar los horizontes intelectuales de Colombia. Porque Santander es una tierra romántica, cruzada de voces hondas, de ricas presencias y esencias. Allí lo literario no es una noble bagatela, una forma de pasar el tiempo. El santandereano se da entero en su voz lírica. De ahí que tenga mucho de propia peripecia todo cuanto escribe. Apurando un poco el concepto, podríamos afirmar que muchas de estas páginas se acercan al Diario, al ensayo y examen de la peripecia personal.

Este volumen, seleccionado con gusto por su autor, nos sacará avantes en esta afirmación. Muchos de estos escritores tomaron la pluma cuando ya había exprimido sus experiencias en vaso de exaltaciones. No le interesa al hombre de letras santandereano, eso del arte puro, de la torre de marfil o del canto del cisne. Lo que se escribe debe tener mucho de documento humano, de presencia y afirmación de nuestra conducta y pensamiento. Acaso por eso mismo Martínez Silva, ilustre escritor, a quien cita el autor, pudo afirmar que el santandereano es adusto y poco amigo de amartelarse con las divinas musas. Precisamente porque su tarea vital no es la de la zampoña lírica o la voz en humo del juglar. Escribe cuando tiene algo que decir y compromete en ello su vida. Sus mismos poetas son profundos y encuentran su mejor campo lírico en temas como el Dolor, la Ausencia y la Muerte.

Juan de Dios Arias, tan meritorio desde todo punto que se le considere, ha realizado una obra noble, de perfiles trascendentes. Es la viva voz de la raza, el genio que viene del tiempo de los muertos queridos, de las colinas familiares, de los ríos descalzos, de la pena honda y el amor templado, en fin, la cosecha lírica de una pléyade de hombres que, desde sus riscos de Santander, han dilatado y honrado la cultura colombiana. Recomendamos este libro a la atenta lectura de nuestros lectores.

Eduardo Barrios

El Hermano asno.—Santiago.—Chile.

Existen novelistas que viven, padecen y mueren en los personajes de sus libros. Es tal el caso de compenetración con la dolidá entraña del personaje, que parece cierto que el novelista está realizando una tarea de visección de sí mismo. Y para hacerlo se requiere coraje, santidad moral, desprecio de todo lo circunstancial y vano. Tal el caso ejemplar y ejemplarizante de Eduardo Barrios. Con su muerte en este septiembre de acerradas luces, pierde la novela americana una de sus grandes voces esenciales. Y también deja un vacío que nadie podrá colmar fácilmente. Porque allí donde hurga la peripecia humana, en todo lo que tiene densidad de sangre, calor humano, porfía de nuestra vida, se abren claros que no pueden colmarse con fantasmas, ni con ceniza mentirosa. Una cosa es la ficción y otra, muy diferente, lo humano suspirado, lo que se empañá con nuestro aliento, le comunicamos nuestra propia vida al darle creación a quienes se mueven en la sombra.

Esos personajes de Eduardo Barrios son inolvidables. Porque el gran escritor chileno les comunicó esa substancia que los tiñe de autenticidad. Pero no creamos que fue un novelista más que se nutrió de vanidades o azoros tropicales. Jamás se detuvo en el dintel lírico para allí hacer gorgueras de espuma con las palabras. Lo que le ha sucedido a tantos novelistas americanos que no saben bien dónde comienza la novela con su tremenda realidad vital y dónde el lirismo con sus formas peculiares. Barrios jamás trazó un cuadro, un personaje, una secuencia, sin saber qué pro-

yectaba. Mejor dicho: sus muñecos no son trágicos guiñoles movidos por una mano sabia y experta. En todos ellos, encontramos humanidad, densidad, presencia, sentido de una conducta y una forma de ser. Por eso mismo fue un consumado analista de sensaciones y experiencias. Sin dejarse cautivar por el trópico tozudo, se va de la mano de sus personajes y les confiere su verdadera esencia. Los estudia, los observa, desmenuza sus actos. Casi tarea de clínico que busca la raíz de los hechos, no el zureo de las bellas palabras. En una América india, doblada de supersticiones, caliente de voces agoreras, literalmente atrapados por el paisaje como una liana voraz, Barrios, es lo seco y tajante. De ahí que sus novelas tengan esa calidad mineral de su suelo chileno y su aire salitroso. Porque no los deja fugar como blandos fantasmas de niebla, sino que los caracteriza y realiza en una labor única, verdaderamente digna de altas culturas literarias.

Este *Hermano asno* es un libro de un fino preciocismo. Sin que deje anular lo primordial, la entraña que vierte la ternura, por el anchuroso estuario de las palabras. Para Barrios, y él nos lo dijo en Santiago cuando era por segunda vez Ministro de Educación Nacional, la palabra por sí sola no crea hechos, ni tiene el valor que algunos escritores del trópico le confieren. Debe ser subalterna de nuestros pensamientos y servir como vehículo a experiencias psicológicas que están en los personajes y que debemos utilizar para poder afirmar que estamos trabajando sobre una realidad y ejercitamos la conducta moral que exige una tarea honesta y limpia.

Con Eduardo Barrios pierde la literatura de América uno de sus cinco o seis valores esenciales. Irremediablemente. Y también a un escritor que supo ser testigo de su tiempo, profesor de un idealismo intelectual que honra lo mejor de nuestra condición de hombres de letras.

Roberto Harker Valdivieso

Bolívar en la Villa de Bucaramanga.—Biblioteca "Santander".—Bucaramanga. Colombia.

Todo lo que se escriba para honrar la memoria del Libertador y Padre Simón Bolívar, debe ser acogido con afectuosa simpatía por los colombianos. Porque, a medida que pasa el tiempo, la acción del Libertador de seis repúblicas, en vez de disminuir o desportillarse como sucede con otros héroes, se acrece por nuevos sentimientos de admiración que suscita su lucha heroica, su pensamiento, su trabajo fecundo y cierto para darnos un ámbito claro de libertad. Este libro que acaba de publicar el doctor Roberto Harker Valdivieso, Presidente de la Academia de Historia de Santander así lo confirma. El autor es un joven historiador de probado talento, sereno equilibrio y lucidez admirable para desentrañar los fenómenos históricos de aquellos días. Su libro viene a confirmar su sentido responsable de una tarea como la emprendida, la que enlaza, el ámbito de Santander con todo lo nacional. Porque Harker Valdivieso al recoger

con paciencia y esmero la correspondencia de Bolívar en los 70 días que permaneció en Bucaramanga, cuando la Convención de Ocaña, traza con pluma henchida de fe patriótica una semblanza verdadera del Libertador y de sus edecanes en aquellos tiempos en los cuales ya se presentía la final disolución del cuerpo mortal del Héroe y de su obra creada a golpes de genio y fortaleza.

Los enemigos del Padre lo acechaban por todas partes. El odio que no se atreve a decir su nombre, le hincaba sus puñales en la noche. Sus amigos de ayer lo abandonaban y calumniaban. Y no obstante, el gran prócer de América, se levantaba para defender su obra, condenar a sus enemigos, hablar un lenguaje fulgurante y magnífico. "El león acosado de ratas", de que hablara Guillermo Valencia. Esta correspondencia tiene un acre sabor humano. Es una confesión en voz alta. Y despeja de toda cautelosa sospecha el nombre y la gloria del forjador de pueblos.

Harker Valdivieso ha cumplido, pues, una tarea que es una misión. Traernos la resonancia de la voz del Padre en esa Bucaramanga adolescente, donde mujeres hermosas y patriotas fieles tejieron para el Padre una corona de vivos laureles.

La Villa ilustre y recién fundada tuvo corazón y brazos para el páfilo caraqueño. Lo sabía incomprendido y sufriente. Por eso lavó sus heridas y puso óleos en las plantas sangrantes. Todo ello es evocado por el Presidente de la Academia de Historia de Santander, en trozos llameantes de fervor patriótico, de amor por la memoria del más grande de los americanos.

El libro de Roberto Harker Valdivieso debe estar en todas las bibliotecas donde se venere a quien, de la nada, nos trajo el don evangélico de la libertad.

Aurelio Arturo

Morada al Sur.—Ediciones Ministerio de Educación. Colombia.

Si la poesía es experiencia, Aurelio Arturo ha cumplido uno de los más puros itinerarios líricos de su generación. Del grupo bautizado con el nombre de "Piedra y Cielo", influencia de Juan Ramón Jiménez, Arturo es el poeta más hondo, de mayor vitalismo. Los otros compañeros de aventura poética podrían situarse en meridianos diferentes. O cazadores furtivos de estrellas. O donceles que juegan con las redondas esferas del amor. O niños alucinados en un paraíso de mariposas y cierzos. Pero Aurelio Arturo es lo esencial, lo propiamente sustantivo, aquella poesía desgajada del mundo como caen lentamente las hojas de un árbol sacrificado al hacha enemiga. Una gran fuerza hincha todo el velamen lírico de este poeta colombiano. No es el suyo un lloroso romanticismo. Aspira a algo más: a integrarse con el paisaje y con los personajes del mundo creados por su imaginación y recreados muchas veces a la sombra de las mulatas o los aleros familiares.

Y no obstante ser esto de rigurosa acotación, la lectura de esta poesía nos produce una vaga nostalgia. Como aquella que se apodera de nosotros cuando vemos caer la noche acodados en la ventana de una vieja casona que fue antes morada de nuestros padres. Poesía sin concesiones a la retórica. Pensamiento adámico, estremecido y profundo, como el sueño del primer hombre para su obscuro sacrificio en aras del nacimiento y júbilo de Eva. Aurelio Arturo es un artista exigente. Sus poemas han sido elaborados lentamente como las grandes familias arbóreas. Aquí nada es jugueteo de brisa, pequeña hoja que se pierde en la selva inmensa. Sus poemas tienen vastedad y corren como el viento, y sus puntas son de diamante que brilla.

Hay mucho de telúrico y fosforescente en Morada al Sur. Su autor ha caminado entre los grandes bosques, ha pulsado las corrientes subterráneas que alumbran como escamas de peces, el nacimiento del agua y de la esperanza. Por eso, lo invade esa melancolía sin nombre de quienes ya todo lo vieron y regresan, por un penitente camino de ceniza, hacia la casa que fuera un día la viva cofia de palomas de todos los sueños. Por eso la noche crece entre las crenchas de la nodriza y el miedo voraz visita el mágico corazón del niño.

Y los caballos piafantes, resonantes, que caracolean finamente y alargan el belfo sobre la piel nocturna de los ríos. Y siempre el Sur con sus paisajes, sus mujeres, sus memorias. Tenaz sentimiento este, facultad maravillada que le otorga una nueva dimensión a la poesía de Aurelio Arturo. Es un verdadero testimonio, una larga meditación sobre las cosas, pero siempre herido por una sensibilidad que troquela los duros metales del mundo y les da contorno de vaso o de rosa embelesada en su aroma.

Aurelio Arturo no es hombre de fácil alegría. Tampoco anda desalado en busca de la cotidiana popularidad. En lograrla no está propiamente el verdadero talento poético. Timido, silencioso, vive para sí, alimentando sus fabulosas cosechas interiores. Por eso mismo, este libro tiene sabor de lágrimas, yodo, lluvia sobre troncos nobles que antes fueron árboles y testimonios. Alta voz humana, pura alucinación panteísta, dignidad idiomática y poesía, auténtica, sin remedos o mimos de otras voces, es lo que nos entrega ahora Aurelio Arturo. Y está bien que se haya extravertido así porque con su nombre sí que crece el nombre de Colombia como comarca de la poesía. Leamos un poema de Arturo que confirmará estas palabras apresuradas:

CANCION DE LA NOCHE CALLADA

*En la noche balsámica, en la noche
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.
Oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras
y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo.*

*Una palabra canta en mi corazón, susurrante
hoja verde sin fin cayendo. En la noche balsámica
Cuando la sombra es el crecer desmesurado de los árboles,
me besa un largo sueño de viajes prodigiosos
y hay en mi corazón una gran luz de sol y maravilla.*

*En medio de una noche con rumor de floresta
como al ruido levísimo del caer de una estrella,
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.*

*Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes,
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;
yo amé un país, que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluír sin fin, un árbol suave.*

*Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.*

*En la noche balsámica, noche joven y suave,
cuando las altas hojas son ya de luz, eternas...*

*Más si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,
si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,
¿qué encontraré en los valles que rizan alas breves?
¿qué lumbre buscaré sin días, y sin noches?*

Ernesto Guhl, Hans Burgl, Hernández de Alba y otros

Indios y Blancos en la Guajira.—Ediciones Tercer Mundo.—Bogotá, Colombia.

Ediciones Tercer Mundo que tanto bien le están prestando a la cultura colombiana, ha iniciado con esta monografía el estudio completo de todas las regiones de la patria. La tarea ha sido encomendada a verdaderos especialistas, profesores universitarios en su mayoría, quienes, por vocación y estudio aspiran a darnos una visión de todo lo que nos pertenece como historia y realidad nacionales. Esta obra confirma el aserto. Es un estudio pormenorizado de la Guajira una de las regiones claves de Colombia. Porque ha llegado la hora de inclinarnos sobre la hazaña colombiana, sin buscar en otros meridianos y culturas lo que verdadera y ejemplarmente nos pertenece. Una nación no se construye buceando en otras zonas geográficas o pretendiendo copiar modelos extraños para adaptarlos a la peripecia nacional.

La Guajira es una de las más importantes y desoladas regiones que componen nuestra geografía. Es preciso estudiar su clima, sus gentes, hábitos, si aspiramos a que esa zona vital para la soberanía colombiana, no siga siendo únicamente acuarela lírica o fugaz motivo para novelas apresuradas, escritas de buena fe pero sin mayor raigambre en lo esencial de aquella región tan importante de nuestro país. Debemos conocer los usos, las esperanzas, el dolor callado del guajiro, todo lo que conforma el marco de su vida, si en verdad ha llegado la hora de pensar seriamente en Colombia como una entidad humana y geográfica que merece saltar del subdesarrollo a un mundo libre y de positivo progreso.

Este libro aclara muchos enigmas. Es un trabajo honesto y serio. Por tanto, de su lectura se puede sacar una serie de positivas conclusiones para el porvenir colombiano. Su lectura nos interesa a todos en igual medida.